Restablecimiento del culto en Jerusalén. Nuevas leyes rituales

A pesar de todo, esta primera restauración era, en resumen, una cosa débil y poco sólida, y el judaísmo, reducido al ensayo de Zorobabel y Josué, habría tenido poco porvenir. Era como una palmera plantada en una maceta. El germen depositado para el porvenir era poderoso, pero tenía poco terreno para desarrollarse. Al judaísmo, como lo habían hecho los profetas, le era necesario el aire libre de la dispersión. Jehová no protegía a un reino sujeto a las vicisitudes de todo lo humano, sino a un principio de vida para la humanidad. Lo esencial para Israel era la sociedad religiosa. Mientras Persia, Grecia y Roma ocupan la escena del mundo, el pequeño Israel, análogo al insecto *termes*, penetra interiormente en los materiales de las sociedades antiguas y acaba por derrumbarlos. Sobre las ruinas de las civilizaciones orientales, griegas y romanas se levantan dos árboles inmensos: el cristianismo y el islamismo, procedentes ambos del judaísmo. A lo largo de mil años lo menos cobijan a las naciones.

Entre el grupo que regresó de Babilonia a Jerusalén con Zorobabel, existían principalmente sacerdotes y levitas, y se proponían sobre todo la restauración del culto. Los levitas no vivían más que del altar, y estaban interesadísimos en que se reanudaran lo antes posible los sacrificios. De forma que estaba decidida anticipadamente la reconstrucción del templo. Al llegar a Jerusalén, algunos jefes de familias constituyeron el tesoro de la obra con donativos voluntarios. Además, mandaron hacer a su costa cien túnicas sacerdotales. Desde entonces dominaron en Israel las preocupaciones litúrgicas.

Josué y Zorobabel mandaron componer el altar, y pronto se pudieron ofrecer los sacrificios que se creían prescritos por Moisés. Añadiéronse modificaciones importantes al antiguo ritual. Había llegado el momento de aplicar todos los sueños litúrgicos a los que se habían entregado constantemente los sacerdotes desde la época de Ezequiel. Se estableció un servicio de la mañana y otro de la noche, y en cada uno se ofrecía un holocausto. En los neomenias y fiestas el culto era más complicado, y más considerable el número de las víctimas. Las rentas de Zorobabel se utilizaron en parte para costear los sacrificios regulares. No había pan para el pueblo, pero el altar de Jehová humeaba en el lugar escogido por aquel Dios. Se había salvado el porvenir.

Una vez restablecido el altar, empezó la reconstrucción del templo, bajo la administración de Josué y Zorobabel y la vigilancia de las familias levíticas. El nuevo templo debió de reproducir las proporciones del antiguo, pero con menos grandeza y magnificencia. La ornamentación de detalle debió de sujetarse fielmente al estilo saíta.

Los trabajadores, como en tiempo de Salomón, eran oriundos de Sidón y Tiro, y de aquí sacaban los materiales. Los hebreos ricos de Babilonia darían indudablemente los fondos para las compras, por lo menos al principio. A la fundación del edificio sagrado acompañaron las ceremonias pías acudiendo a ellas sacerdotes revestidos de túnicas rituales con trompetas, y levitas con címbalos para cantar a Jehová himnos de alabanza. Así se creía imitar a David, y ya se atribuían sin duda a este rey los numerosos salmos de *hallel* que han sido el fundamento de la liturgia cristiana. Bailaban alegremente las generaciones nuevas alrededor de las paredes que iban alzándose, pero los que recordaban el templo antiguo, lloraban porque el edificio nuevo les parecía muy inferior a aquél.

El trabajo de reconstrucción, facilitado por lo que quedaba de los cimientos y las piedras del templo antiguo, no debía durar más de tres o cuatro años, y duró veinte. Esto hace sospechar que los ultraidealistas, convencidos de que Dios no tiene más templo que el mundo, eran contrarios a esta obra material, alegando que Jehová no estima más que la piedad y la contrición del pobre. Los adoradores de Jehová que no habían adoptado las reformas de Josías y sobre todo los habitantes de Efraím y del antiguo reino de Israel, pusieron obstáculos que dificultaron la obra de Zorobabel y Josué.

Según una parte del Libro de Esdras, los antiguos jehovahístas manifestaron a Zorobabel y a Josué que ellos adoraban también a Jehová y querían participar en la construcción del templo, para tener derecho a sacrificar en él. Zorobabel se negó a ello, porque Jehová no era más que

el Dios de Judá y de Benjamín. El llamamiento a la piedad, lanzado por los profetas, ya no se volverá a oír. El cisma entre ambas partes de Israel es definitivo y queda fundado el samaritanismo como religión distinta, lo que se opone a las esperanzas de Jeremías, de Ezequiel y sus discípulos. Pero hay que recordar que el espíritu sacerdotal dominaba casi exclusivamente entre los instigadores del regreso. Los sacerdotes fueron los primeros en impedir la realización de la unidad soñada por los profetas, y esto era lógico. Las purificaciones sucesivas que se imponía Judá tenían que motivar la eliminación de las demás partes de Israel.

Tengan las causas el origen que tengan la antipatía de los antiguos jehovahistas de Palestina y los recién llegados, se convirtió en elemento capital de la historia del judaísmo. Con toda clase de intrigas cerca de los funcionarios y gobernantes persas, los disidentes consiguieron que se suspendiera la reconstrucción del templo. Zorobabel, aunque provisto de títulos persas, era un subordinado en el ejército administrativo. Ciro, que parecía personalmente favorable a los judíos, murió en 529. El fin del reinado de Cambises vio el comienzo de revoluciones que acabaron con el establecimiento definitivo de Darío, hijo de Histaspes. El segundo año de Darío (520 antes de J.C.) se reanudaron los trabajos del templo, reduciendo a la impotencia la hostilidad de la gente de Samaria.

Dichas enemistades dejaron huellas profundas en la literatura de los salmos. El devoto de Jehová aparece rodeado de enemigos dispuestos a devorarlo. Todas las perfidias y mentiras se emplean para perderle. El desdén de los profanos, conocidos como soberbios, orgullosos e impertinentes (en oposición a la dulzura y humildad del verdadero jehovaísta), le quema le corazón. La paciencia no era la virtud de los antiguos israelitas.

Quizá la pobreza de la colonia influyó igualmente en los retrasos en la construcción del templo. Malas cosechas y sequías desastrosas afligieron a la comunidad. Zorobabel y Josué creyeron deber recurrir a la acción profética e invitaron a un tal Haggai para excitar al pueblo. Los profetas empezaban a dibujarse en lo pasado como un fenómeno que no se volvería a ver. Desde la muerte de Jeremías y Ezequiel nadie había querido representar un papel tan peligroso. El gran profeta anónimo de Babilonia quería mantenerse en la sombra. La restauración del templo produjo un renacimiento del profetismo.

En cuatro ocasiones habló Haggai en 520 para echar en cara a los colonos su tibieza. Su miseria y sus males eran consecuencia del escaso celo. El pueblo demostraba una gran indulgencia admitiendo a este personaje como a un portavoz de Jehová. Leyendo aquellas páginas asombra la decadencia literaria de la colonia de Jerusalén, la sutileza rabínica, las míseras distinciones de casuística que ocupaban a los espíritus. Nos conmueve, sin embargo, Haggai, cuando, dirigiéndose a los pocos que habían podido ver el antiguo templo, declara que la nueva construcción les parecerá humilde, pero que vaticina su esplendor futuro, ya que la gloria de esta segunda casa será mayor que la de la primera.

Zacarías (profeta que en la misma época apareció en Jerusalén) no supera a Haggai en talento, pero sí en alcance político. La forma de la visión simbólica domina y sirve de marco a los pensamientos del autor. El

apocalipsis que despunta en Ezequiel, ha nacido ya aquí completamente. Desgraciadamente suele degenerar en enigma y varios pasajes del libro son enteramente ininteligibles, según deseaba el autor.

Las visiones de Zacarías se refieren siempre a circunstancias de la época, a esfuerzos para la elevación religiosa, a la reconstrucción del templo, a las aspiraciones a un porvenir mejor, a la certidumbre de un esplendor final.

En el año 518, cuando averiguaron los judíos de Babilonia que el templo estaba ya casi acabado, enviaron una comitiva a rendir homenaje a Jehová. Los enviados se consolaron mucho con lo que vieron y preguntaron a los servidores del templo si después de semejante restauración había que seguir cumpliendo los ayunos instituidos en memoria de las desdichas de 588. Zacarías respondió, con la autoridad de los antiguos profetas, diciendo que el ayuno ya no tenía razón de ser. Todo quedaba suprimido por la religión en espíritu.

Zacarías suponía que la era de venturas empezaría inmediatamente. Jehová traerá a su pueblo de todos los puntos del Universo. Antes de la reconstrucción del templo, ni hombres ni animales obtenían la recompensa de su trabajo, y nadie tenía seguridad contra el enemigo, porque Jehová lanzaba a los hombres unos contra otros. Todo se ha transformado. Así como Jehová se ingenió para hacer daño al pueblo antiguo que le había irritado, ahora que tiene su templo, empleará todo su genio para el bien. Judá únicamente ha de observar una ley, dictada por Jehová. En las profecías de Zacarías se emplea por primera vez la palabra *Iehudi* (judío) como nombre que designa una religión. El nombre de judío penetra en el mundo. Zacarías tenía razón; la religión de Judá había de ser la de la humanidad. Siglos más tarde todo el mundo se ha de hacer judío.